

El Rvdmo. Robert Wright

Diócesis de Atlanta

+++

La imagen bíblica que resuena en mí en este momento de la vida de la Iglesia proviene del capítulo 18 del profeta Jeremías. Es la imagen del alfarero y el barro. Esta imagen también la vemos en Isaías 45, y en el capítulo noveno de Romanos, pero me gusta la forma en que la presenta Jeremías. Jeremías, el profeta a quien Dios muestra cómo las lamentaciones y la vida abundante conviven lado a lado. Jeremías recibe una invitación de Dios para que vaya a la casa del alfarero a recibir una palabra para el pueblo de Dios.

Así que, llega allí y ve al alfarero en el torno trabajando la arcilla. Observa cómo el alfarero remodela la arcilla. La arcilla está siendo trabajada de nuevo porque la Biblia dice que estaba estropeada, es decir que la arcilla tenía algunos defectos. Necesitaba algo de refinamiento para complacer al alfarero, y eso es cierto de la iglesia en este momento.

Somos seres inacabados. Tenemos algunos defectos, pero el alfarero no condena ni desecha la arcilla. Sigue trabajando con ella. La arcilla permanece en el alfarero, con todas sus limitaciones. El alfarero no se retira. Debemos recordarlo. Estamos para siempre en las hábiles manos de Dios. El alfarero no ha terminado con la arcilla y el alfarero no ha terminado con la iglesia.

Dios es un alfarero paciente y hábil. Más importante aún, el alfarero está moldeando la arcilla como le parece más adecuado. Ésa es la base de nuestra esperanza y nuestra fe. En este punto de inflexión crítico en la vida de la Iglesia, creo que necesitamos que el obispo presidente, en colaboración con muchos otros, nos recuerde al menos tres cosas.

Primero, que somos la arcilla y no el alfarero. En segundo lugar, que Dios no nos ha abandonado, y la iglesia no está realmente muriendo. Está siendo remodelada en formas que agradan a Dios y hacen la obra que Él quiere que hagamos. Y en tercer lugar, Dios nos está extendiendo una invitación para que seamos transformados como

personas y como iglesia, en arcilla maleable, que es más de lo que podrían ser los ladrillos históricos. Transformados por Dios en la rueda del tiempo con el ejemplo de Jesús y mediante el poder del Espíritu Santo. Nuestra parte en esta difícil, incluso dolorosa, remodelación es ofrecer nuestras almas y cuerpos a un Dios digno de confianza que está remodelando la Iglesia de Cristo para convertirla en más de lo que podemos pedir o imaginar, según la fe que actúa en nosotros.